

RELECTURAS

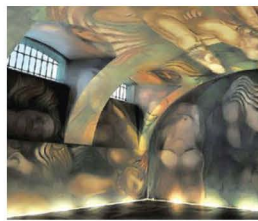
Los premios,
de Julio
Cortázar

Página 2

**"EJERCICIO PLÁSTICO"**

El mural
subacuático
de Siqueiros

Página 3

**CUENTO**

De caravana,
por Leonardo
Oyola

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 11 | JUEVES 16 DE FEBRERO DE 2012

Sobre la crítica

El huésped obligado

Entre el 19 de junio de 1842 y el 15 de octubre de 1843, el periódico *Le Courier Français* publicó "Los Misterios de París", de Eugene Sue. El folletín, que pretendía dar cuenta de la decadencia en los bajos fondos franceses, se ofreció en diez entregas.

El éxito fue inmediato. Cientos de lectores aguardaban la salida de un nuevo capítulo, ansiosos por saber de qué modo continuaban las peripecias de ese misterioso Rodolphe, quien con idéntico tesón defendía a las mujeres descarriadas y a los pobres de toda pobreza. Sue se convirtió en una suerte de vocero de las clases desposeídas. Posteriormente, Marx y Engels señalaron que esos folletines no

pasaban de ser un claro ejemplo de perorata reformista, que la auténtica obra revolucionaria había que buscarla en Honoré de Balzac. Hay que recordar que en el prólogo a su serie de novelas que iban a constituir "La Comedia Humana", Balzac precisó que él escribía "a la luz de dos verdades eternas: el catolicismo y la monarquía"; dos valores que se llevaban a los palos con las propuestas ideológicas de Marx y Engels.

Toda ficción, dicen, tiene tantas interpretaciones como lectores tenga. Es cierto, pero asimismo es cierto que no todos esos lectores están en condiciones de ejercer el análisis adecuado; esa labor suele reservarse a los críticos. ¿Lo fueron Marx y Engels

SIGUE EN LA PÁGINA 2 →

"El hombre porteño es en sí mismo una regulación completa, oclusa, impermeable, es un hombre que no pide a la providencia nada más que un amigo gemelo para platicar. El hombre europeo es siempre un segmento de una pluralidad, algo que unariamente aparece

mutilado, incompleto. El porteño es el tipo de una sociedad individualista, formada por individuos yuxtapuestos, aglutinados por una sola veneración: la raza que están formando."

El hombre que está solo y espera; Raúl Scalabrini Ortiz.

"En 1933, en *Radiografía de la pampa*, Ezequiel Martínez Estrada condena una nación que no había respondido a las promesas de sus padres fundadores: la inmigración masiva y la voracidad de las elites locales habían hecho de la Argentina una imagen degradada de Europa. Buenos Aires ponía en escena una mascarada de prosperidad y cultura bajo cuyo disfraz se ocultaba la naturaleza original de la pampa manchada por el genocidio indígena y el humus blando de una geología primitiva."

Boiges, un escritor en las orillas; Beatriz Sarlo.

Sobre la crítica

El huésped obligado



→ VICENTE BATTISTA

VIENE DE TAPA

cuando desplazaron a Sue a favor de Balzac? ¿Lo fue Jacques Lacan, cuando en el exclusivo campo del psicoanálisis, realizó un seminario a partir de la "La carta robada", en el que, por cierto, no se preocupó por las estructuras puramente literarias de ese cuento de Poe?

Recientemente, Harold Bloom, en su cuestionado libro *El Canon occidental*, propuso a Sigmund Freud exclusivamente como escritor. Dijo Bloom: "Obviamente, estoy hablando aquí de Freud el escritor, y considerando el psicoanálisis como literatura (...) El verdadero éxito de Freud consiste en haber sido un gran escritor. Como terapia, el psicoanálisis agoniza, y quizá ya está muerto".

Por una parte, un psicoanalista recurre al texto de un cuentista

con el propósito de establecer una teoría psicoanalítica. Por otra parte, un crítico literario, exonera al psicoanálisis como práctica científica, pero rescata como escritor a quien lo ha fundado. Infinitos son los caminos de la crítica.

Hace unos años me supe ganar la antipatía de un amplio número de críticos cuando durante una mesa redonda se me ocurrió decir que el crítico es de algún modo un animal parásito: se nutre del material del otro. Cualquier obra de arte existe independientemente del crítico, no hay un solo crítico que pueda existir sin una obra de arte; es decir, sin un objeto al que criticar.

Más tarde, leyendo *Lenguaje y Silencio*, de George Steiner, me sentí algo justificado por haber dicho aquel exabrupto. Steiner, uno de los más reputados críticos

de este tiempo, señala: "Al mirar atrás, el crítico ve la sombra de un muñeco. ¿Quién sería crítico si pudiera ser escritor? ¿Quién se preocuparía de calar al máximo en Dostoiévski si pudiera forjar un centímetro de los Karamazov?" Y más adelante, agrega: "El crítico vive de segunda mano. Escribe acerca de".

Octavio Paz, en *Corriente Alterna*, asume la defensa de la crítica. Leemos: "La invención de la crítica no es inventar obras sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto y de acuerdo con predisposiciones y tendencias de cada una (...). La crítica tiene una función creadora: inventa una literatura (una perspectiva, un orden) a partir de las obras."

Inquietante contrapartida: George Steiner, ensayista, reco-

noce las limitaciones de la crítica; Octavio Paz, poeta, recupera su función creadora. La polémica sigue abierta. Tal vez, como un mínimo aporte, convenga recordar que el primer periódico de Europa que le brindó espacio a los hechos culturales fue el *Journal des Savants*, un diario francés que apareció en París en 1665. No hay noticia de que se haya ocupado de dos autores que habían publicado algunos años antes. La edición definitiva de *El Quijote* apareció en 1617, el *First Folio*, compilado que recoge 36 piezas dramáticas de William Shakespeare, data de 1623. A la hora de hablar de las grandes obras contemporáneas, el crítico del *Journal des Savants*, decidió ignorar a Cervantes y a Shakespeare. Hay que reconocer que pese a ese olvido tan mal no les fue. A la literatura tampoco.



El crítico vive de segunda mano. Escribe acerca de.



REFLECTURAS

Los premios, de Julio Cortázar



→ MARIO GOLOBOFF

Primera novela publicada por Cortázar en 1960, cuenta las alternativas del grupo de ganadores de una lotería por un viaje en barco que nunca llega a realizarse. La acción transcurre en el interior del Malcolm, detenido a pocos metros del puerto de Buenos Aires. Las relaciones que se tejen y se destajan, la personalidad de los integrantes del grupo, la lucha contra la tripulación extranjera se construyen alrededor de una historia simple aunque la ambigüedad y el misterio gobiernan conductas y sentimientos.

Se trata de una novela todavía tradicional, muy bien organizada y urdida; de una actualización del

género fantástico, pero sin que deje de haber alguna explicación final, permitiendo la interpretación realista (o la alegórica) y una clara diferenciación entre "buenos" y "malos". Estos impiden, con su poder, el acceso a la popa, un territorio vedado, se entiende, en un mundo dividido, en el que sería necesaria mayor libertad. Existe, por otra parte, un personaje colocado fuera de la acción, Persio, corrector de pruebas, quien a partir de vivencias y observaciones formula filosóficas reflexiones tanto sobre el contexto nacional como sobre el universo entero.

Radiografía íntima de la Argentina en épocas del frondicismo y el desarrollismo, años de toma de conciencia de los intelectuales y de las capas medias dispuestos a promover cambios profundos en el país, la novela apare-

ce recorrida por cierto hábito de actualidad, de mundanidad; suerte de pretensión de estar a la altura de los nuevos vientos descolonizadores, industrialistas y progresistas que soplaban por el mundo. La presencia en el grupo de exponentes de diferentes sectores sociales y culturales, la batalla final que se libra contra los tripulantes, la organización misma de la anécdota, pugnan por retenerla en los límites de la tradición realista, condimentada, es cierto, por la modernidad de un lenguaje bien trabajado y de una historia en la cual muchas cosas pasan en el interior de los personajes, aunque nada parezca suceder en el exterior.

Se reelaboran motivos míticos permanentes en su literatura, mientras la ignorancia sobre las verdaderas causas de la frustración o el que estas sean triviales, y



TÍTULO. EPIGRAFE.

la imposibilidad de acceder "al otro lado" por la existencia de barreras oscuras, secretas, sitúan a *Los premios* en la prolongación —indecisa— de lo fantástico cortazariano.

De ese doble andarivel y de sus dificultades dio cuenta Cortázar

en 1961: "...este golpe de timón.../...me está llevando a cosas mucho más interesantes que los cuentos fantásticos.../.../Aludo a una necesidad que se me ha vuelto insuperable de hacer frente a otra visión de la realidad en que estamos metidos".

FESTIVAL AZABACHE

Los escritores Federico Andahazi, Mempo Giardinelli, Juan Sasurain, Mercedes Giuffrè, Guillermo Martínez, Guillermo Orsi, Claudia Piñeiro, Federico Jeanmarie, Leonardo Oyola, Josefina Licita, Santiago

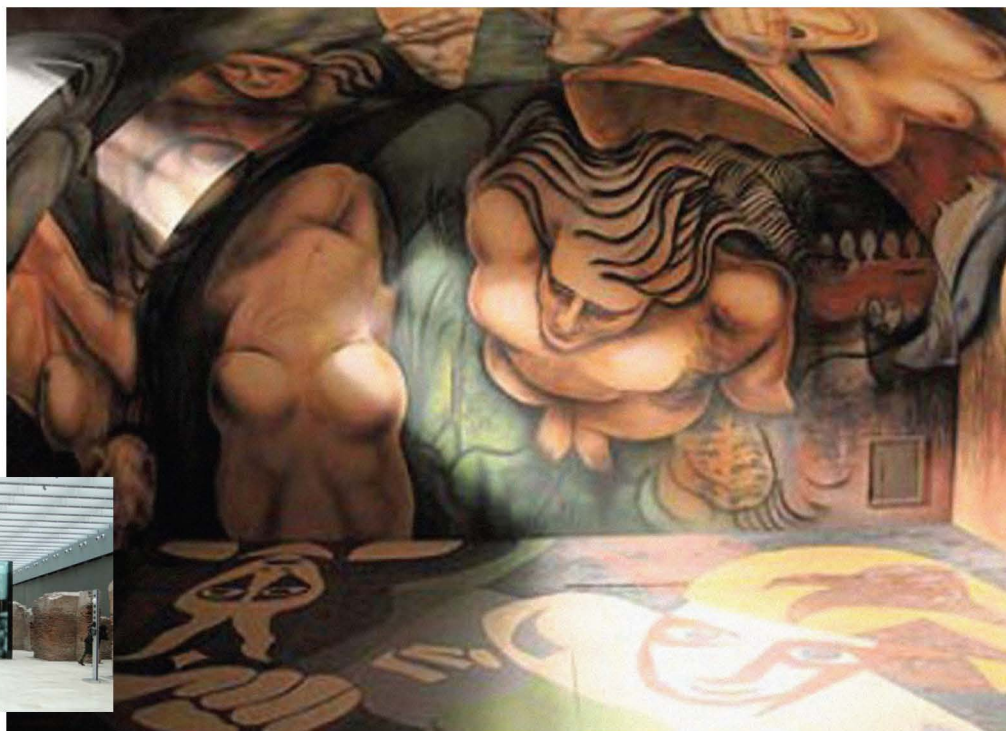
Gamboa y Fernando Wasaki participarán del 2º Festival Azabache de literatura policial y negra que se realizará en la ciudad de Mar del Plata del 10 al 13 de mayo del 2012.

El lanzamiento online del concurso de novela negra

“Festival Azabache”, se puede consultar en nuestro sitio web: <http://slt.telam.com.ar>. La novela ganadora será publicada por la Editorial Eduvim de la universidad de Villa María (Córdoba) que tiene la colección Tinta Roja.

JUEVES 16 DE FEBRERO DE 2012 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Los *Cuentos Completos* de Alberto Laiseca reúnen más de cuarenta años de una narrativa inclasificable que abarca historia, ciencia, astrología, estudios esotéricos y estrategias de guerra, coastrología, estudios esotéricos y estrategias de guerra, configurando un género literario que configura un género literario que



El mural subacuático



→ GUSTAVO
NIELSEN

En la década del 30 el poeta Oliverio Girondo acompañó al muralista mexicano David Siqueiros a buscar un lugar en Buenos Aires para pintar. Siqueiros le había hablado a la intelectualidad argentina con palabras de futurista italiano. Lo trajo la inefable Victoria Ocampo justamente para que se exhibiera a voluntad. Irritó a muchos. No a Girondo, autor de *Espanapájuras*.

¿Cuál era el mensaje de los italianos? San Elita, Marinetti. Carrá hablaban de sepultar el arte antiguo. Las consignas de estos tipos tenían la insolencia de los graffitis: “hagamos volar los monumentos, ocupemos las calles y las plazas, destruyamos los museos, las bibliotecas, las academias...”

A Siqueiros le gustaron los sitios del puerto, pero la verdad era que Buenos Aires no estaba preparada para que la pintara un “comunista”. Entonces apareció Natalio Botana a contratarlo. Le entregó cuatro paramentos, un piso rectangular y una bóveda de cañón corrido como lienzo. Estos muros estaban escondidos en un sótano de su quinta Los Granados. Botana era, en ese entonces, una especie de Citizen Kane, y su quinta oficiaba como una Xanadú de estilo español.

Me imagino la decepción de Siqueiros al ver que su mural no estaría a la vista, en plena urbe. ¿Qué podía pintar en el lugar equivocado? Temía que hacerlo en el exterior y le daban un interior. Quería hacerlo a la luz del día y tenía un sótano. Debía ser un lugar

público para deleite de las masas y el sitio era de un millonario, privado. Buscaba por La Boca y le dieron Don Torcuato. Todo mal. Como mínimo, le dijo al poeta, iba a cambiar el medio. Lo dijo frente a un aljibe, tocando la superficie del agua con la mano.

Trato de recomponer ese diálogo. “¿Agua en lugar de aire?”, pregunta Girondo. Siqueiros responde afirmativamente. “¿La gente estará sumergida?”, pregunta Girondo. “Sí”, vuelve a decir Siqueiros: “pero no el espectador. No voy a ahogar al espectador”. Y Siqueiros dibujó las paredes del sótano como si fueran los vidrios de una gran pecera que, por una razón especial, contenía agua del lado de afuera. Que se ahogaran todos los que le habían prohibido los exteriores.

El mural tiene mujeres flotando. También está él, el autor. Las mujeres miran con ojos alucinados a los que entramos a ver la

obra. Él no, él está ofendido. Jamás nos mirará. Este sótano es el submarino transparente de un tiempo en el que los comunistas fueron perseguidos y despreciados.

Dos movimientos controlan el espacio. Uno es el de la refracción de la luz. Siqueiros toma de los modernistas la secuencia, pero la justifica en sus imágenes con el tema de la refracción. Para entender lo que quiso hacer basta con dejar un lápiz adentro de un vaso con líquido y mirarlo quebrarse en sus diagonales. Con esa lógica se quiebran los contornos de las mujeres del mural.

Del otro movimiento participa el observador. La técnica que Siqueiros utilizó para dirigir a sus aerografistas es la misma que hoy utilizan los pintores de tiza callejeras, esa con la que logran pers-

pectivas en tres dimensiones que la vista recompone solamente desde un punto en particular. El mural de Siqueiros tiende muchas trampas al ojo. Desde algunos puntos vemos a mujeres de pie, desde otros vemos un tiburón, una raya, caracoles. La percepción del mural en su completitud la logramos caminando el espacio.

Las chicas que están más cerca pegan la ñata contra el vidrio. Alguien debería avisarles que ahora están exhibidas como majas desnudas. La noticia no iba a alegrar al mexicano, porque empeora los objetivos revolucionarios del futurismo. Ahora el mural no sólo está en un sótano: también está adentro de un Museo. Pero gracias a esa irreverencia presidencial es que nosotros, los visitantes del Bicentenario, lo podemos disfrutar. Al espacio de la ex Aduana Taylor, Avenida Paseo Colón 100, se puede ir gratis de martes a domingo en el horario de 11 a 19.

EL POZO

Mi hermano Alberto cayó al pozo cuando tenía cinco años. Fue una de esas tragedias familiares que sólo alivian el tiempo y la circunstancia de la familia numerosa. Veinte años después mi hermano Eloy

sacaba agua un día de aquel pozo al que nadie jamás había vuelto a asomarse. En el caldero descubrió una pequeña botella con un papel en el interior. "Este es un mundo como otro cualquiera", decía el mensaje. Luis Mateo Díez

EL HOMBRECITO DEL AZULEJO (fragmento)

Se aproxima al brocal del aljibe, llorando, llorando, y logra encaramarse y asomarse a su interior. Allá dentro todo es una fresca sombra y ni siquiera se distingue a la tortuga, de modo que menos aun se ven los fragmentos del azulejo que en el fondo descansan. Lo único que el pozo le ofrece es su propia imagen, reflejada en un espejo oscuro, la imagen de un niño que llora. Manuel Mujica Lainez



CONTRATAPA

↳ LEONARDO OYOLA

Adentro es de noche. Y lo único que se escuchan son disparos, frenadas y gemidos. Y algún grito solitario... de gol. Eso. Y el ruido de cada vez que el encargado del local recibe una respuesta del contacto con el que está chateando en la computadora. Adentro es de noche. Y todos tenemos la misma cara iluminada por las pantallas de los monitores. Una cara gris tirando a blanco. Los ojos fijos. La boca como subrayando la nariz. La misma expresión. Cero expresión. No importa que se la estemos dando a un soldado, atropellando a una vieja o viendo como se cogen salvajemente a una mina. Ni siquiera a un gol del Apache Tévez. Ahí adentro es de noche. Afuera es de día. Y ahí afuera no da. No da.

Salís del cyber: Pasás las rejás y te prendés fuego. Como que te quedás medio ciego un toque, loco. Ves todo anaranjado. El sol te mata. Más cuando andás de caravana. No me puedo acordar hace cuanto que no pego un ojo. Los pibes tampoco saben cuándo fue la última vez que se acostaron. Lo que sí sabemos es que fumando cada cuarenta minutos andás pila-pila. Y que venimos fumando base cada cuarenta minutos desde que no dormimos. Y que nos gastamos mucho billete. Y todos los billetes. Y que los últimos papeles que teníamos los hicimos mierda en el baño hace un rato. Y que se nos va a complicar el viaje. Y que si en quince no volvemos a pegar no va a estar bueno. ¡No va a estar nada bueno!

Ma-má: hace un calor que te derretís. Más de treinta grados y todavía no son las siete. No puedo pensar. Y no tengo que pensar. Tengo que hacer lo que hacemos siempre. Tengo que reaccionar. Antes de que alguno de los pibes abra la jeta. Antes de sentirles el aliento a bosta. Antes de mirarles los dientes amarillos. De colgar-me viéndole los granos con pus

ahí de reventar. De flasharla con los ojos así, todos rojos los tenemos. O de tildarme con la camiseta del Real de uno, que parece que se la pasó por el orto porque, ¿adónde se le quedó el blanco? Como a mis zapataillas. "Altas llantas sabían ser, ¿se acuerdan?"; me dan ganas de preguntarles... a las zapataillas, loco. Corte que éramos lindos guachos. Corte que ahora estamos re cachivaches.

En la calle nadie te fía paquete. Nadie. Porque bisnes ar bisnes. Nadie te fía salvo que tengas para pagar otra cosa que interese. Y al Tuli le intereso yo. Al Tuli le interesa chupármela. Chupármela cada vez que puede. Corte que nadie imagina que vende. Corte que nadie imagina que vende baja. Porque el Tuli es un puto cheuto que vive en Cabello y El Lazo en un departamento a todo trapo. Le mando un mensaje de texto. Al toque me contesta que justo se estaba por acostar. Que por qué no me voy a dormir con él. La quiere hacer larga. Y nosotros corta. Y él está enamorado y yo -salvo por la base- con él no quiero saber nada. Nada de nada.

Por eso cuando llegamos al edificio no lo llamo por el portero. Esperamos que salga alguien. Lo hace una mujer con grandes anteojos negros que abre la puerta mientras bosteza. Y no espera a ver que se cierre. Nos colamos sin problema. Algunos subimos en el ascensor. Otros lo hacen por la escalera. Esperamos que nos alcancen en el cuarto. Cuarto C. Le toco la puerta. Le doy dos golpes y me apoyo con las dos manos como si un rai me estuviera palpan-do. Escucho que adentro alguien se acerca, pero no pregunta quién es. La mirilla se corre y me siento observado. Cuando las llaves hacen ruido me hago a un lado para que los pibes hagan lo suyo. Para que los pibes ataquen.

El Tuli abre con una sonrisa que borra de una cuando nos ve. Está en pelotas. Bah. En pelotas no. Tiene una toalla anudada en

la cintura y otra en la cabeza. El Tuli se sabe bañar antes de meterse a la cama. Siempre. Para desenredarse el pelo tiene un secreto: se lo lava pasándose romero. Después se lo peina bien tirante para atrás. Y se envuelve la cabeza con una toalla. Nada de planchita. Posta. Por eso le queda re lindo. El Tuli abre la puerta y los pibes se le van al humo de una. Lo estrangulan. Lo amasijan. Lo hacen mierda. Yo entro último y cierro la puerta. El Tuli está acostado en el piso, pero no puedo verlo. Arriba tiene a todos los pibes dándole masa. Intento esquivarlos, pero no puedo. Paso por encima de ellos pisándolos. Paso por encima de ellos a buscar lo que vinimos a buscar porque sé adónde buscar.

Páginas de una revista envuelven la base. Seis paquetitos. Solo seis paquetitos seis. Los pibes ya están todos parados. Tienen sangre del Tuli en los garfios y en las jetas. Me da mucha bronca que lo hayamos hecho cagar por solo seis paquetitos seis. Por solo seis paquetitos de mierda. Pero vamos a lo nuestro. Voy a la heladera y encuentro dos latas de cerveza. Abro una. Le doy un beso y la paso. Hago lo mismo con la otra. Cuando las vaciamos, abollo con los pulgares las latas. Les perforo con una aguja. Y les calzo la base. Antes sabía usar de pipa el pico de un sifón. Pero siempre tenía que dar la segunda porque si la fumás así queda una astilla. Y ahí es donde te hacés concha. Así no. Con la lata de birra no. No hace falta la segunda. Usas de soplete el encendedor. Hacés que la llama gire. Aspirás. Aguantás todo lo que podés. Y después volás.

Y eso hacemos. Volar con la baja. Y volar de lo del Tuli. No sin antes revisar que más nos podemos llevar. No mucho. Encuentro cien pesos y los capturo antes de que se avive cualquiera de los pibes que solo alcanzan

a rescatar una tarjeta de crédito, una noubú y un MP3 con música de cumbia villera. Cuando rumbeamos para la puerta nos damos cuenta que el Tuli todavía no la palmó. El rastro de su sangre mientras se arrastra buscando salir el primero mancha más el piso de madera. Los pibes lo agarran de los tobillos y lo llevan hasta el baño donde se la dan. Ya no va a joder más. Ni a mí ni a nadie. Pero yo quiero seguir jodiendo y siento que a los pibes ya no les queda nada.

Dejo a la banda. Me corto solo. Están re duros. Esroy re duro. Algunos se quedan por la plaza Álvarez. No dan más. Otros tiran la toalla en el parque Las Heras. Un par encara para un cajero. Veo como luchan con la tarjeta para poder abrir la puerta mientras agarro para la avenida. Apenas doblo las rodillas en cada paso que doy. Camino hasta Coronel Díaz. Hay una cola larga para el 92. Cuando llega el bondi subimos. Somos muchos. Vamos todos apretados. Cara de dormidos. Menos yo supongo que todo el resto va para sus laburos. Los que alzan los brazos para agarrarse del pasamanos muestran en los sobacos que están transpirando como chanchos. El chofer transpira como un chanco la camisa celeste.

Pasamos por el costado del shopping de Palermo. Cruzamos Córdoba. Almagro. Parque Centenario. El Cid Campeador. Donato Álvarez. Plaza Flores. El cine Rivera Indarte. Los dejamos bien atrás. De a poco el bondi se vaciando. Uno. Once-Catorce. Parada. Toco tim-

bre. Me bajo. El sol sigue al spiedo, loco. Por eso hay perros tomando agua de una zanja. Y un bebé -¿o ya es un nene?- revolviendo bolsas de basura amontonadas en una esquina. El carro de un botellero volcado sobre un costado. Un caballo que no se ve por ninguna parte. ¿Se lo habrán morfado? Cables de alta tensión con un par de zapataillas colgando. Acá para un transa. No va a hacer falta que me meta en un hueco. No va a hacer falta que me pierda en cualquier pasillo de la villa. Acá venden alta y baja seguro. Ya se va a aparecer alguien. Quiero fumar base ya, por eso doy unas vueltas. Y cuando fume base me voy a dar vuelta.

Se aparece el man, loco. Le falta un ojo, ¿podés creer? Está en patas y en cuero. Del bolsillo del jean se le asoma una bolsita rosa. Ahí tiene lo mío. Seguro. Está por preguntarme qué onda cuando yo tanteo en mi pantalón buscando los cien pesos. No los encuentro. Ya no los tengo. Me punquearon en el 92. ¡Bo-lu-do! ¡Me descasaran un papel de cien! ¿Y ahora? ¿Cómo voy a ir a pegar? El tuerto se para frente mío. Parece jodido. Se la da de jodido. Le saco la ficha al toque. Es un pancho. Un gato. Un bigote. Un Chatrán. Tiene lo que necesito en esa bolsita rosa en el bolsillo del jean. Y yo no tengo ni una moneda. Pancho, gato, bigote, Chatrán: perdoname. Me voy a zarpar de rastrero porque no me queda otra. Va a hacer una hora que ando yirando. Ya me pasé mal. Voy a birlarte la base. Acercate. Acercate un poquito más. Dale, tuerto. Vení, vení...

